

1. Momentos de frontera

Si la vida espiritual que vivimos es auténtica, hay momentos en los que uno se siente estancado, desconcertado, en crisis. No hay ilusión por seguir el progreso espiritual. De hecho, nos asaltan numerosas dudas acerca de las verdades en las que siempre hemos creído porque el mundo nos empuja a ello. Hay algo o alguien que nos ha roto los esquemas, bien sea una enfermedad, un fracaso o un período largo de desconcierto. Por mucho que recemos y que pongamos nuestra buena voluntad, el desánimo nos invade. No *vemos* a Jesús. No sentimos alegría por las cosas espirituales ni por la venida de su Reino. Ya no es Alguien vivo en nuestros corazones sino sólo es un personaje de vago recuerdo con el que no podemos establecer una relación personal que nos vivifique. Todo era fácil cuando teníamos empuje, cuando confundíamos la fe con nuestras

propias fuerzas. Sin embargo, ahora nos invade una creciente irritación por todas las cosas espirituales. Nos satisface más una buena comida, un partido de fútbol o una tarde con los amigos que un rato de oración.

Al no encontrar salida ni solución, pensamos que hemos llegado al límite del sentimiento religioso y que, incluso, viviríamos mejor si prescindiéramos de él. Tenemos ganas de huir porque hay algo que nos oprime: la familia, nuestro entorno, nuestro ambiente cotidiano. ¡Si pudiéramos huir! El salmista describe este estado de ánimo: *Me agitan mis ansiedades... se agita mi corazón... ¡Quién me diera alas de paloma para volar y posarme! Emigraría lejos, habitaría en el desierto.* Seguramente fue este sentimiento de hastío el que empujó al hijo pródigo a decir: *Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde,* para ponerse en camino y marcharse después *a un lugar lejano.*

Este tipo de situaciones constituyen momentos *de frontera*, en los que uno está cruzando el límite entre dos regiones. Atrás dejamos lo cono-

cido –que ya no nos dice nada– y por delante tenemos penumbra. Estamos en medio. No somos plenamente nosotros mismos sino que nos sentimos extraños.

¿Dónde está Dios? ¿Por qué no me habla? ¿Por qué he llegado a esta situación si he tratado honestamente de vivir conforme a las palabras del Evangelio? ¿Qué me ocurre?

En este libro hallarás algunas claves. No son consejos psicológicos de *autoayuda*. Son reflexiones nacidas desde la lectura orante de la Palabra de Dios. Tampoco hay aquí recetas fáciles ni consejos rápidos. Ante todo, este libro trata de insistir en actitudes que conducen a la vida verdadera, a la sanación del corazón.

Lo mejor que podemos hacer durante los períodos negativos es concedernos una tregua a nosotros mismos para entablar un diálogo profundo con Dios, un diálogo que no sea nervioso ni agitado, un diálogo de *larga duración*: quizá nos ocupe semanas, meses o años. El mismo Señor nos invita a construir sobre suelo firme: *Así pues,*

todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, será como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, y embistieron contra aquella casa; pero ella no cayó, porque estaba cimentada sobre roca. Si queremos perseverar en la fe hasta el final, habremos de rogar al Señor con insistencia que así sea porque la fe es un don que viene de lo alto, pero tenemos que construir poco a poco nuestros cimientos espirituales. Para ello, el Señor nos invita en primer lugar a *oír*. Escuchar la palabra de Dios es un paso más importante que empezar a reflexionar sobre las preguntas que nos inquietan o comenzar a poner remedio a lo que no funciona en nuestra vida. La primacía siempre debe tenerla la palabra del Señor.

Es importante que seamos honestos durante los períodos de crisis. No ocultarlos al director espiritual o al confesor; no tratar de negarlos ni de evitarlos. Son períodos necesarios. En ellos nos encontraremos quizá más débiles. El Señor lo sabe.

Merece la pena que consideremos las siguientes páginas de manera sosegada. Presentaremos varias escenas evangélicas o frases de la Escritura que quizás, hasta ahora, habíamos contemplado como ajenas a nosotros. También presentaremos algunas virtudes necesarias para sanar el corazón herido en una vida espiritual que no avanza.